



La Santa Sede

ALOCUCIÓN DEL SANTO PADRE JUAN PABLO II A LOS OBISPOS DE GHANA EN VISITA «AD LIMINA APOSTOLORUM»

Jueves 12 de noviembre de 1981

Queridos hermanos en Cristo:

1. Han pasado dieciocho meses desde que nos encontramos en el suelo de Ghana celebrando el centenario de la implantación de la Iglesia en vuestro país. Aquéllos fueron días de alegría para todos, pues percibimos al *Espíritu Santo en medio de nosotros*. En particular en la catedral de Acra, dedicada al Espíritu Santo, invocamos su presencia y su misión en la Iglesia.

Y hoy, una vez más, percibimos con claridad su presencia y nos gozamos en celebrar su acción en la Iglesia. Alabamos al Espíritu Santo porque nos ha reunido a todos en la comunión eclesial como ministros de Cristo, obispos de su Iglesia, hombres autorizados para comunicar por la palabra y el sacramento el mensaje vivificante de la muerte y la resurrección de Jesucristo.

2. En efecto, el propósito de mi visita a Ghana era proclamar con vosotros a Jesucristo y su Evangelio. Mi esperanza era dar, por la gracia Dios, nuevos ímpetus a la evangelización y confirmaros en vuestra propia misión como Pastores de la grey. Nuestra reunión aquí, en Roma, tiene la misma finalidad. Juntos renovamos nuestra dedicación a la causa del Evangelio en fidelidad a Cristo, quien nos instruyó para enseñar todo lo que El ha mandado (Cf. *Mt 28, 20*). Nos unimos en oración con María, pidiendo la efusión del Espíritu Santo para que podamos *perpetuar la misma obra de salvación de Cristo*. Por medio de la Palabra de Dios y con el poder del Espíritu Santo, intentamos continuar edificando la comunidad de los fieles, urgiéndoles a mostrarse testigos de Cristo en sus vidas, y a cumplir su misión de servicio fraterno en el mundo.

3. A través del contacto personal que tuve el privilegio de entablar con la Iglesia de vuestro país, y por medio de vuestros propios informes, sé que los obstáculos para la evangelización y la catequesis son muchos. Pero nosotros creemos y estamos profundamente convencidos del *poder*

de la gracia de Cristo en todos los campos de la vida cristiana, incluso en los más difíciles.

Desde los días de mi visita pastoral a Ghana toda la Iglesia ha trabajado y orado por el éxito del Sínodo de los Obispos sobre la misión de la familia cristiana en el mundo contemporáneo. Dentro de poco espero publicar un documento que pondrá los resultados de esa asamblea al servicio pastoral de todos los obispos de la Iglesia, para que puedan atender cada vez más adecuadamente a las familias cristianas. Yo espero que será una ayuda para vosotros, obispos de Ghana, en la ardua misión de proclamar y mantener el designio que Dios tuvo desde el principio para su pueblo, y que confirmó Cristo su Hijo.

4. Estad seguros que me uno a vosotros en el apoyo fraternal que estáis llamados a prestar a vuestros sacerdotes, como también en el aliento que debéis ofrecer a los religiosos. Confío en que, con la ayuda de Dios y con la colaboración de todos los sectores de vuestras Iglesias locales, continuaréis llevando adelante *aquellas grandes causas apostólicas* que encarecidamente procuré promover, junto con vosotros, durante mi visita. En particular, pienso en el fomento de las vocaciones eclesiásticas, en el apostolado de los laicos, la función de los catequistas y la constante inculturación del mensaje evangélico en las vidas del Pueblo de Dios. En todas las responsabilidades que nos incumben por nuestro sagrado ministerio, confiemos firmemente en el "que es poderoso para hacer que copiosamente abundemos más de lo que pedimos o pensamos" (*Ef 3, 20*).

5. Pero por encima de todas estas y otras apremiantes preocupaciones de nuestro ministerio, por encima de las discusiones y planificaciones colegiales en las que hemos de tomar parte, por encima de los principios pastorales de carácter individual que conciernen a nuestras Iglesias locales y a la Iglesia universal en general, hay todavía otra cosa. Es la cuestión de nuestro mismo amor personal a Jesucristo y nuestra fidelidad al impulso del Espíritu Santo. Es la cuestión de nuestra conformidad con Cristo, Sacerdote y Víctima; en otras palabras: es *la cuestión de nuestra propia santidad*. No olvidemos las palabras de San Pablo; ellas pueden ser directamente aplicadas a nosotros: "Porque la voluntad de Dios es vuestra santificación" (*1 Tes 4, 3*). En el plan de Dios la santidad es esencial para toda guía eficaz de la Iglesia; ella es la base de todo auténtico interés pastoral y de toda actividad colegial. Sí, la santidad constituye la gran prioridad en nuestras vidas.

Permitidme recordar las palabras que os dirigí a todos vosotros aquel día en Kumasi: "...como obispos, invitemos sin tregua a nuestro pueblo a la conversión de la vida, e indiquémosle con nuestro ejemplo el camino..., en cuanto obispos, estamos llamados a dar un sólido testimonio de Cristo, Sumo Sacerdote y Pontífice de salvación, convirtiéndonos en signos de santidad en su Iglesia. ¿Un tema difícil? Sí, hermanos. Pero ésta es nuestra vocación, y el Espíritu Santo está sobre nosotros. Además, la fecundidad de nuestro ministerio pastoral depende de nuestra santidad de vida. No tengamos miedo, porque la Madre de Jesús está con nosotros. Ella está en medio de nosotros, hoy y siempre. Y nosotros somos fuertes por los méritos de su oración y

estamos seguros porque nos hemos confiado a su corazón" (9 de mayo de 1980; *L'Osservatore Romano*, Edición en Lengua Española, 25 de mayo de 1980 pág. 13).

Copyright © Dicastero per la Comunicazione - Libreria Editrice Vaticana